

servicio era bastante linda para hacer de ella una escalera oculta.

XV

La tocadora de harpa

Mucho se habló del hotel de la señorita Lucía, como de una morada de princesa. En él se pasaban las horas en buena compañía. Recibióse una vez por semana á los mejores de los malos. La crónica de los periódicos hablaba á diario de las fiestas de Lucía, de los hechos y gestos—¡qué digo!—de las frases felices de Lucía.

Todo el mundo envidiaba á Gontrán, todos burlábanse de él. El joven, por su parte, se prometía todos los días cesar en aquellos desórdenes, pero todos los días caía fatalmente bajo su yugo.

Lucía era el encanto y el veneno de su vida. Pero ¿no se ha dicho á propósito de esas mujeres que, acostumbrándose á ellas, los hombres se acostumbran á los venenos?

Por otra parte, Gontrán no estaba del todo entregado á las malas pasiones; tenía sus horas juiciosas. Casi siempre almorzaba y comía con su madre. Las comediantas nunca se sientan formalmente á la mesa, excepto para cenar; almuerzan en la cama, comen casi en pie, porque la hora de la función se acerca, excepto los días en que no trabajan. Y Lucía trabajaba casi todas las noches. Gontrán podía, pues, almorzar y comer en casa, sin que Lucía pudiera echarle en cara que la abandonase.

Cuando franqueaba el umbral de su casa, convertíase en otro hombre: la imagen de Lucía le abandonaba en la antecámara, y el recuerdo de su padre ocupaba todo su ser. Durante la comida, la señora Staller, que parecía conducir la conversación, abría ante los ojos de su hijo las perspectivas de una vida seria, premiada por la consideración. Le reprendía porque no hacía nada; tenían amigos en el mundo oficial; le aconsejaba pensase en una función cualquiera; no era bastante rico para estar cruzado de brazos.

—A menos,—solía decirle,—á menos de hacer un buen matrimonio.

Y con esto quería darle á entender que debía casarse con la señorita de Marcy, que tan bien tocaba el harpa.

—¡Bueno!—exclamaba Gontrán.—No deseo otra cosa sino casarme con la señorita de Marcy.

Decía esto como se dice á un amigo que ha de marcharse á la India al año siguiente: «Iré con usted».

Gontrán dedicaba de vez en cuando una velada á su madre y á su hermana, cuando éstas tenían visitas. Aun cuando estuviesen de luto riguroso, habían vuelto á abrir sus puertas á algunos amigos íntimos: la señorita de Marcy no era de éstos, pero lo fué muy pronto.

—¿No sabes,—dijo un día la señorita Staller á su hermano,—que la señorita de Marcy vendrá esta noche, con nuestras amigas, á tomar una taza de té? ¿Te escaparás, lindo pájaro?

—No. ¿Tocará el harpa esa señorita?

—¿Estás loco? De sobra sabes que aquí no pega la música. Por otra parte, ya no toca el harpa.

—¿Y por qué no toca el harpa?

—Porque está triste.

—¿Y por qué está triste?

—¡Ah, he ahí el secreto! ¡Pero es un secreto suyo!

—Pues bien; si es suyo, confíamele.

—Está triste porque ama. Parece que el amor es triste.

—Te veo venir. Quisieras hacerme creer que es á mí á quien ama. Mira, querida, una mujer que toca tan bien el harpa es una mujer enamorada, no cabe duda. Pero enamorada del amor; tanto le importa Juan como Pedro; si no soy yo, será otro; si no es éste, será aquél.

—¿Eso te figuras?

Gontrán miró á su hermana. Ésta parecía triste.

—¡Ahora que pienso...! Dijiste antes que el amor no es alegre... ¿Es que tú también tienes tu secreto?

Gontrán abrazó á su hermana.

—¡Querida hermanita mía, cuéntame tu secreto! ¿No es, en síntesis, que amas á Raúl?

—¿Qué Raúl?

—Mal haces en dirigirme esa pregunta. Bien sabes que no hay sino un Raúl, Raúl de Oraie. Haces bien en amarle: es un corazón leal, un espíritu delicado; es el hombre que yo te hubiera querido elegir, si tú misma no le hubieses escogido.

Una lágrima vióse en las pestañas de la joven.

—¡Sí supieras cuán bueno es tu amigo!

—Sólo un defecto tiene; que no es rico. ¡Y obstinado en hacer esculturas! Pero, en fin, ¡se elevan actualmente tantas estatuas...! No hay que desesperar. Además, no hacen falta todos los bienes del mundo para vivir.

La señorita Staller ya suponía que Raúl —el único Raúl— no era rico, mas tampoco sabía con cuánto, por su parte, podía ella contar.

—¿Qué dote me darás?—dijo á su hermano, mirándole con la hermosa mirada de las almas sencillas.

Llevado de su amor fraternal, el joven la respondió:

—Todo lo que tienes y todo lo que tengo, si quieres.

—¡Todo lo que tienes!—murmuró la joven.—Ni mamá ni yo nos atrevemos á preguntarte acerca del asunto; sabemos que has perdido al juego, sabemos que no colocas bien tu oro... Dime la verdad: ¿cómo estás?

—¡Que cómo estoy!

Él mismo no osaba preguntárselo.

—Oye, mi querida hermanita: he hecho muchas locuras; pero tu fortuna, como la de nuestra madre, es para mí sagrada. Si un día llegase á no tener un céntimo, quedaríame el consuelo de decirme que nunca toqué al bien de otro.

—¡Me espantas! Hablas de no tener un céntimo cual si te hallases muy cerca de ese fin.

Aunque Gontrán no fuese buen matemático, había vagamente calculado que, con la vida que llevaba, faltaría unos seis meses para acabar con el millón. Aun le quedaban unos ciento cincuenta mil francos; había introducido algún orden en su desorden, mejor dicho, en el desorden de Lucía. Por desgracia, él que no había jugado—última sumisión á la memoria de su padre—se había aventurado en la Bolsa, como todos los que quieren, como vulgarmente se dice, echar el resto.

—No veo,—le dijo su hermana,—sino un recurso serio, en el caso de convenirte no avanzar más en tu locura —quería decir en tu ruina—; que te cases con la señorita de Marcy; te ama y tiene un millón de dote; dos fortunas por una.

—No deseo otra cosa. Es bella, tica: talento, pertenece á la sociedad más escogida; para mí, es lo inesperado.

—Bueno, pues hasta esta noche.

—Sí, hasta esta noche.

Y Gontrán voló á casa de Lucía.

—¿No sabes,—díjole ésta,—que tengo un príncipe,

nada más, que me da serenatas al pie mismo de mi balcón? Voy á serte infiel.

—¿No sabes,— replicóla Gontrán,— que hay una princesa que quiere casarse conmigo? ¿No sabes que voy á plantarte?

—¿Quién es esa princesa?

—Una joven muy linda, querida, que lleva un bello nombre y que no tendría inconveniente en llamarse señora Staller.

—¡Chusca es la idea que tienen todas esas señoritas, queriéndose casar para arrebatarnos nuestros amantes! ¡Y si fuese para conservarlos!

—A veces los conservan; hay más de una mujer que es á un tiempo la amante de su esposo.

Al oír estas palabras, Lucía estremeciése de celos.

—¿Pues bien, amigo mío, cásatel! ¿Y cómo se llama esa princesa?

—Todavía no lo sé,—respondió Gontrán.

—¿Pues cómo sabes que lleva un bello nombre? Sin duda es la señorita Bacalada ó la señorita Grulla. Yo me enteraré de todo, porque tengo mi policía.

Gontrán lamentó haber dicho tanto, pero se figuró que aquella loca no daría crédito á una confidencia hecha entre risas.

Por la noche, mientras Lucía cantaba en los Bufos Parisienses un dúo con Leoncio, Gontrán se enamoraba seriamente de la señorita de Marcy.

Hay hombres en los que influyen, como en las sensitivas, las variaciones atmosféricas. Cuando Gontrán estaba en el teatro, desdeñaba á las mujeres de mundo; cuando estaba en un salón, las mujeres de teatro desaparecían en los bastidores, entre lampistas y tramoyistas.

Aquella noche, Gontrán se admiraba de haber esta-

do tanto tiempo prisionero en las redes de la entretenida. Por primera vez creía respirar el aire vivo de las montañas. Su alma volaba por encima de las nubes, en el azul del cielo. Dejaba que sus ojos descansaran, con un indecible encanto, en los bellos ojos de la señorita de Marcy. En ésta, todo era pureza, todo era luz, todo era verdad; nada había turbado los lagos del alma. La voz que le hablaba nunca había mentido: aquellos lindos labios jamás debían mancharse con aquellas palabras amorosas dichas á boca que pides. Tener una mujer que pertenece á otros, es una dicha infernal; pero ser dueño de una mujer á la que nadie más puede aspirar, ¿no es la dicha soberana?

Aquella noche, Gontrán no fué á casa de Lucía.

Al siguiente día por la mañana, levantóse orgulloso de sí mismo; tan lejos se encontraba del deber, que obrar bien le parecía una heroicidad.

La víspera se había convenido, entre su hermana y la señorita de Marcy, que se encontrarían en los Italianos, en el segundo proscenio con salón de la familia de Marcy. A Gontrán le regocijaba volver á ver á la joven.

Ésta vestía aquella noche un adorable traje azul celeste, tal vez algo escotado para una muchacha casadera; mas ¿quién no perdona esto á unos bellos hombros, sobre todo cuando el candor los viste?

La señorita de Marcy no se asemejaba á aquellas jóvenes que se exponen á perderlo todo escotándose: la cabeza es bella, el brillo de la juventud pasa por la frente, por los ojos, por los labios; pero las cuerdas del cuello, los huecos que éstos hacen, los tímidos senos que no se quieren mostrar, los brazos flacuchos, entristecen la mirada y empobrecen el rostro. Muchas mujeres no llegan á su esplendor hasta los veinticinco años; cada edad tiene sus placeres, reza la canción.

Pero la señorita de Marcy había crecido de un solo golpe, como aquellos árboles generosos que quieren dar fruto cuando aun se aspira el aroma de sus flores; habíase mostrado en su belleza con todas las ostentaciones de la juventud. Los soñadores, los poetas, los buscadores del ideal, hubiesen hallado en ella no sé qué de copioso y de excesivamente terrenal; por mi parte, la admiraba tal como era en la fuerza de su salud, en la riqueza de su sangre. Es menester saludar siempre á la belleza, cualquiera que sea su carácter.

Tal era la opinión de Gontrán. Había amado á Lucía en su palidez de enferma, en su estructura nerviosa y delicada; amaba á la señorita de Marcy en su fuerza sonriente.

Sintió verdadera alegría al volverla á ver en los Italianos; la joven adoraba la música, de la que hablaba con pasión.

Representábase *La Sonámbula*: por primera vez comprendió Gontrán á Bellini.

—Es bello y bueno,—dijo á la señorita de Marcy,—escuchar una música como ésta mirándola á usted.

—Mejor haría usted en mirar á la señorita Patti.

No quiero molestaros repitiéndoos todas las galanterías de Gontrán. La señorita de Marcy dejóse seducir, porque en él hablaba el corazón.

Gontrán estaba á mil leguas de Lucía, cual si el amor que la profesara hubiera sido una farsa de los Bufos. El amor que sentía ya por la señorita de Marcy era profundo, serio, poético como la música de Bellini.

La joven era tan franca, que habló al joven sin rodeos. Encontraba á Gontrán encantador, tratando de todo sin pedantería, con finura parisiense. No se las echaba ni podía echárselas de bonito; hubiera estado uera de su sitio en el escaparate de un peluquero ó so-

bre el pedestal del Apolo de Belvédère; pero, en cualquiera otra parte, se distinguía por su cabeza expresiva. Si no hacía nada, juzgábase que hubiera podido hacer algo. ¡Cuántos soldados no dispararon un tiro y pudieron ser héroes!

Aquella noche, Gontrán estuvo irresistible. Cuando la señorita de Marcy se encontró sola en su aposento, cantó dulcemente el número principal de la Patti, como si las palabras de oro de Gontrán resonaran aún en su oído.

—Decididamente,—dijo, durmiéndose,—*La Sonámbula* es la mejor de todas las óperas.

Y, durante la noche, fué la sonámbula del amor; durmiendo veía á Gontrán, viajaba con él en el país de los sueños.

Se vió con una corona de azahar; pero un cuervo picoteaba la blanca flor.

XVI

Del peligro de escribir cartas

La señorita de Marcy había dicho á Gontrán que tenía que acompañar á su madre al baile de la corte. Gontrán había pensado en ir á él á su vez; pero su hermana le recordó que aun estaba de luto riguroso. Las horas parecióronle muy largas.

—Después de todo,—se dijo,—puesto que no amo á Lucía, puedo muy bien ir á verla.

La encontró en la escalera; iba al Bosque.